

Raquel Estrada

(Fragmento
de novela)

Cipriano Campos Alatorre

AL OCULTARSE EL SOL, Ricardo Reyes, Jefe de Armas de la Villa de Amatlán, La Manga y las rancherías contiguas, llegaba a la casa de los Estrada. El aire era denso, y trascendía de tal manera a ocote que producía ardor en la garganta. Negras nubes, como pesadas humaredas, entre las cuales enormes llamaradas rojizas lamían el cielo violáceo, descendían lentamente hacia el ocaso, y de lo alto bajaba una vaga melancolía que imprimía a las chozas, diseminadas en la llanura, un aspecto desolador.

—¿Cómo le va, don Abundio? —saludó Ricardo; y su cara rubia quemada, de mandíbula saliente y escasos, azafranados, bigotillos buscó entre la penumbra. Se apeó del caballo, al que cogió por la rienda y abriendo la puerta de estacas entró hasta el corral.

—¡Qué milagro compadre! Pase, pase... ¿Trae algo de bueno por acá?

—De bueno, nada... Malas noticias para usted.

—¡Válgame Dios! ¿Malas noticias? Oiga, compadre... ¡Je... je!... Esta tos maldita. Oiga, compadre...

Don Abundio arrojó un salivazo sobre el tronco del limonero; y antes de que su compadre se diera cuenta de ello, distrajo su atención quitándose el sombrero prontamente, y clavando los ojos en una mazorca podrida, medio sepultada en el lodo del chiquero, continuó:

—¡Malas noticias para mí!... Pase por acá, compadre...

—Cuestión de un rato —repuso Ricardo, tomando asiento sobre un trozo de madera—; sólo vine a prevenirlo... Una pregunta ante todo: ¿quién fue nombrado Presidente del Comité Agrario?



Ilustraciones de Francisco Moreno Capdevila
para la edición de América



—No ha sido resuelto el asunto... Un grupo de vecinos anda alborotando a los demás, y está encaprichado en nombrar a Hermenegildo Haro... La mayoría, sin embargo, está conmigo. A nadie conviene un nombramiento semejante, y todos sabemos la razón.

—¿Fue el señor Vázquez quien dijo a usted que el terreno de “Los Tecolotes” puede ser restituido a su legítimo dueño, tal como lo previene la ley?

—El mismo. Por favor de Dios, tengo las escrituras en mi poder... El despojo lo hizo el difunto don Francisco Haro. Antes de que cayera don Porfirio. Si mal no me acuerdo, allá por el año de mil novecientos ocho.

—¿Y es difícil probar ante las autoridades la falsificación de la firma de su padre?

—No tanto. Dos amigos míos sirvieron de testigos, y hasta pusieron sus garabatos en el cochino papel que redactó mi primo. Los muy inocentes creyeron que el testamento estaba a mi favor. En el año que murió mi padre yo trabajaba la mina en “Mezquitil del Oro”... ¡Hay sorpresas amargas, compadre, muy amargas! Regresé casado, con dos de familia, y con la novedad de que ya no tenía ni un palmo de tierra. Inútil fue presentar las escrituras hechas por mi padre, cuando yo sólo tenía diecinueve años... Los únicos testigos del robo fueron amenazados por el difunto don Francisco, y todo quedó arreglado mediante la intervención de las autoridades de Tepic. Una bola de enredos y más

enredos, de los que nada he sacado en limpio todavía... Y decidí arrendar estas tierritas.

—¿Y fue el propio don Miguel Vázquez, ingeniero de la Agraria, quien le sugirió la idea de reclamar sus derechos nuevamente?

—Y hasta ha prometido arreglarlo todo, mediante una gratificación de trescientos pesos... Haré un sacrificio gordo, y los juntaré. Pero... —añadió el viejo, visiblemente inquieto y con un brillo de desconfianza en los ojos—. ¿Cuáles son esas malas noticias?

Ricardo movió la cabeza y dio un vistazo en torno, como para asegurarse de que nadie lo escuchaba.

—Pues va a hacer usted la tontería más grande de su vida, don Abundio.

—¿Por qué? —exclamó el viejo, sintiendo un estrechamiento involuntario, ante la certidumbre de una noticia truculenta.

—Don Miguel Vázquez ofrece arreglarle el negocio si usted le da trescientos pesos, que de seguro serán adelantados. Va con don Hermenegildo Haro, y le garantiza la conservación de sus tierras mediante cuatrocientos pesos. Y ahora va lo bueno...

—¿Qué? —interrumpió don Abundio, poniéndose lívido hasta los cabellos, y con un temblor de impaciencia en las barbas.

—Lo que oye. En seguida, me busca y me propone el negocio. Usted hace la solicitud por escrito, pidiendo justicia al Gobierno de Tepic. El escrito, trámite ilegal

desde luego, va a dar primero a manos de la autoridad de Amatlán, de la que soy representante. El papel se extravía, el asunto se retarda, el señor Vázquez saca dinero de ambas partes, y el día menos pensado se marcha tranquilamente a su casa... Mi silencio, naturalmente, queda asegurado con cien pesos que él ha ofrecido darme.

—¿Y usted es... es capaz de eso? —prorrumpió don Abundio, tartamudeando y refrenando a duras penas su coraje.

Ricardo arrugó el entrecejo, y sus ojos miraron extrañados.

—¿Yo, don Abundio? ¡Qué poco me conoce! Sobre todas las cosas, soy amigo. Asegure que primero me matan...

—¡Una infamia, compadre, una infamia! Labrando estos llanos pelones y malditos, que no dan una mala mata de maíz si no es a fuerza de sudar a chorros, he sacado dinero para el arreglo de este negocio condenado. Creímos que la Oficina Agraria de Tepic nos haría justicia. A unos se les reparten las tierras, y hasta en la época misma de la cosecha, como ha sucedido en "Pajaritos". No atestiguo con muertos, a usted mismo le consta... Aquí, por intrigas del tal ingeniero, y algunos sinvergüenzas más, se quiere nombrar a Hermenegildo. Total: que el Comité Local Agrario no se ha formado todavía... No hacen el reparto de tierras tal como se hubo prometido al pueblo... Y a mí... a mí... ¡Ni siquiera se me devuelve lo mío! ¡Lo que desde hace tres generaciones es pertenencia de los Estrada, y lo hemos adquirido legalmente!

Frenético, con movimientos convulsos, el viejo levantaba sus manos enflaquecidas y sucias, pero amenazadoras. Luego, abatido, apoyó la barba encanecida

sobre el pecho. Sólo pudo mirarse la cabeza calva, opaca y trigueña, donde apenas si medraban ralos mechones de cabello gris y lacio.

Ambos guardaron silencio. Una pesada obscuridad descendía. Una nube negra, de filetes rojizos, caía lentamente sobre la sierra azul y lejana, y en un hueco, donde el cielo se mostraba claro y tranquilo, la estrella de la tarde lucía bella, misteriosa y extraña.

—Antes que todo —interrumpió de súbito Ricardo— hay que aparentar ignorancia en el enredo. Si el ingeniero vuelve a hablarle del asunto, usted diga que sí y que sí; pero sin aflojar un solo centavo. Mientras, yo voy a Tepic, hago una acusación en toda forma y ya veremos de cuál cuero salen más correas... Pero de pronto nada de imprudencia, don Abundio. Necesitamos dar un golpe en seco.



—¿Va a Tepic, entonces?

—Mañana mismo salgo.

—¿No quiere esperar a las muchachas?

Ricardo permaneció indeciso unos segundos. Realmente, era aquella una oportunidad magnífica para hablar con Raquel. Pero ¿y si Miguel Vázquez, en compañía del otro tipo, regresaban temprano de “Las Huertas”?

No alcanzó a responder, porque un pataleo furioso en el corral contiguo lo distrajo.

—¡El “Peleador!” —exclamó don Abundio, ras-cándose la nuca—. ¡Maldito toro, ya volvió a brincar la cerca! Ahora va a ser lo bueno para separarlo del “Carbón”. ¡Y con la inquina que se tienen! ¡Una “manita”, compadre, por favor!

Ambos corrieron al cercado, provistos de guijarros y una larga chavinda de ixtle y cuero.

Ciegos de rabia, levantando en torno una espesa polvareda de tierra y estiércol remolido, los animales se acometían furiosamente. Se alejaban un momento para volver a encontrarse con ímpetu poderoso, avasallador. Bramidos trágicos, ahogados, chocar seco y continuado de testuces entre un azufroso hedor de cuernos, y dos enormes masas de músculos en lucha ciega y despiadada.

—¡Déle pedradas al “Carbón!” —gritó don Abundio, brincando con agilidad insospechada el cerco, y con la chavinda lista para sujetar a “Peleador”.

Dos guijarros zumbaron en el aire, y fueron a dar

en la testa de “Carbón”, que era “gacho” y con su único cuerno oponía resistencia tremenda a su rival. Las vacas, tensas las colas y erectas las orejas, contemplaban, despavoridas, el combate. En esto oyóse un crujido seco, breve, como de gruesa caña que se quiebra, y “Carbón”, con su único cuerno desprendido, el rizado testuz teñido en sangre negra, espesa, que le brotaba a borbotones bañándole los ojos y los belfos, hasta darle un aspecto tétrico y macabro, apartóse al trote lanzando terribles mugidos de dolor.

—¡Aquí una mano! —volvió a gritar don Abundio, que había logrado echar un lazo en el cuello al vencedor y liaba el extremo de la soga en un tronco mutilado de mezquite. Ricardo corrió a prestar ayuda.

—¡No me deje acercar al otro toro! Regreso en un momento, y ahora mismo le quito la tos a este canijo.

—¡Jesús! ¡Jesús!... ¿Qué pasa? —exclamó una voz de mujer, tras una de las puertas del redil.

—¿Eres tú, Guadalupe?

—La misma.

—¿Y Raquel?...

—Todavía lavando...

—Bueno corre y tráeme el serrote. ¡Prontito! Este canijo me ha descarnado al pobre “gacho”, y yo voy a hacerle lo mismo...

Los hombres comenzaron a tirar de la chavinda, y el animal que en un principio se defendía desesperadamente enterrando las chatas pezuñas en la arena, acabó por ir cediendo terreno, hasta quedar con la

cabeza unida al tronco que servía de apoyo. Una rabia salvaje, impotente, brillaba en los ojos enormes y redondos...

La primera sensación apenas si fue perceptible. La lámina de acero penetró lentamente en algo duro e inútil, que no parecía ser cosa suya. Pero cuando los dientes agudos del serrucho fueron entrando hasta la misma médula del hueso, un dolor ardoroso, vivo, terrible, en que el cerebro de la bestia pareció estallar en paroxismo de locura, hízola estremecerse convulsivamente, y un bramido largo y lastimero hendió el espacio.

La parte mutilada del cuerno vertió una sangre rala y acuosa, y de la porosa superficie brotaron granitos minúsculos de grasa.

—¡Ay, Dios! ¡Cómo ha de doler! —exclamó Guadalupe, con voz compungida y un blando brillo de lástima en los ojos.

Media hora después, las dos astas, negras y lustrosas, caían sobre un montón de palos inservibles.

El animal corrió a refugiarse entre el ganado; pero de vez en cuando dejaba escapar mugidos ronc, apagados, como torpes insultos inarticulados.

—¡Dios se lo pague, compadrito! ¡Malvado toro! Hace dos meses que destripó un burro de don Hermenegildo. ¡Y el dolor de cabeza que pasé!

La noche comenzaba a llenar de un silencio enigmático el campo, y parecía que algo inmensamente desalentador y triste llenaba el aire, los árboles, la

llanura oscura y desierta, donde las siluetas chaparras de las casas se destacaban apenas.

Ricardo tendió su mano a don Abundio.

—Mucho gusto de saludarlo, y si usted me lo permite, me retiro... Recuerdos a Raquel y a mi comadre...

—Entonces, volviendo a nuestro asunto quedamos en que yo...

—¡Ah!, sí, seguramente. Usted ni tan siquiera le hace un mal modo a nuestro amigo. Dentro de doce días a más tardar, estoy de vuelta. Por lo pronto, no es conveniente que "él" me vea en su casa...

—¿A quién se refiere usted, padrino? —interrogó Guadalupe, muy inquieta y como si se diese indirectamente por aludida.

—Algo muy serio, y que a su tiempo lo sabrás.

—Voy a traerle su caballo, compadrito...

Ricardo esperó a que don Abundio se apartase. Luego, volviendo la espalda bruscamente, agregó:

—¡Cuídate de la amistad de esos catrines! 

Fuente: "Seis cuentos y un fragmento de novela, de Cipriano Campos Alatorre, con una nota de Efrén Hernández", *América*, revista antológica, junio de 1952.